

Peregrino

Dos hombres se acercan al Hospital de San Juan, lugar de acogida de los peregrinos en Jerusalén. Quienes los ven llegar miran la escena sorprendidos, sin saber si reír o inquietarse. El más robusto es moreno, alto y corpulento, bien conocido en estos lugares. Se trata de uno de los criados sirios del monasterio. Está harto de tratar con peregrinos que ponen en peligro las vidas de todos, ya de por sí harto complicadas. De ahí el mal humor que su rostro no disimula; el enorme garrote que lleva en su mano izquierda quita a cualquiera las ganas de bromear con él. Su diestra agarra con rudeza el brazo del otro hombre. Este se deja llevar sin oponer resistencia por el camino polvoriento. Es menudo y delgado, de modo que no es muy difícil hacerle avanzar. Por su expresión ausente y satisfecha uno diría que está en cualquier lugar lejano y placentero, y no poco menos que arrastrado por un coloso destemplado que no deja de zarandearle y mascullar improperios.

Al llegar al hospital un monje franciscano sale a la puerta. El criado suelta el brazo del otro y con un brusco empujón le arroja hacia el interior del recinto, alejándose. Cuando el hombre menudo se

cruza con el monje, este le mira con una mezcla de alivio y exasperación. Le responde una mirada franca y tranquila que parece explicar, con disculpa pero sin arrepentimiento: «Tenía que hacerlo». No dicen nada.

En el interior le recibe un variopinto grupo de personajes. Son todos peregrinos como él, que, sabiéndole a salvo, recuperan la tranquilidad. Le rodean, le preguntan, bromean, parlotean todos a la vez. Con las horas vuelve la calma.

Ha anochecido. Se hace el silencio, sólo roto por ronquidos y alguna que otra tos. El hombre pequeño, incapaz de dormir, contempla, a través de un ventanuco, el cielo estrellado. Lamenta tener que irse, pero está dispuesto a obedecer. ¿Y ahora, qué va a hacer de su vida?

Estamos a finales de septiembre de 1523. Seis meses ha durado la aventura hierosolimitana de Íñigo. Él esperaba que este fuera el lugar donde gastar su vida. El viaje le ha llevado medio año. Ha sobrevivido a tormentas, ha atravesado un país azotado por la peste, ha sorteado controles y superado barreras sanitarias. Sin embargo sólo ha podido pasar tres semanas en Tierra Santa, y ahora tiene que irse. Perplejo, está descubriendo que la voluntad de Dios no es tan clara en su vida. Ayudar a otros, sí. Pero, ¿dónde?

Preparativos

Las semanas que Íñigo pasa en Barcelona antes de embarcarse son, sobre todo, tiempo de espera para conseguir pasaje. Y no es que esté perdiendo el tiempo o que espere pasivamente. Eso no va con su carácter. En 1523 el tiempo se mide de otra manera, y veinte días es casi un suspiro cuando se trata de arreglar una partida.

Su principal objetivo es encontrar un barco que le pueda llevar hasta Italia. Con el ligero inconveniente de que no tiene dinero y además pretende seguir así, convencido de que ha llegado, para él, el momento de vivir a la intemperie, poniendo su total esperanza en la Providencia. Por esa misma razón rechaza las recomendaciones y ofrecimientos que se le hacen para viajar acompañado. Muchas personas le aconsejan que vaya con alguien más. No tiene dinero y no sabe italiano ni latín. «¿Cómo vas a ir solo, Íñigo?». Le apuntan el nombre de personajes de mayor o menor rango que están preparando el viaje. Le ofrecen una recomendación, una presentación, un contacto que le pueda facilitar el acomodo. Al menos tendrá un amigo, alguien cerca. De ese modo sabrá en quién apoyarse en caso de enfermedad, de hambre, de tantos imprevistos como pueden surgir en un viaje que uno sabe cuándo empieza pero ignora cuánto durará.

Son precisamente esas razones las que mueven a Íñigo a ir solo. ¿A quién ha de volverse en la hora de necesidad? ¿A algún compañero de viaje acomodado? ¿Va a ser esa su confianza en Dios? Pues bonito peregrino sería. Íñigo es en este momento como un trape-

cista sin red, convencido de que sólo el sobrevolar el vacío hace pleno su vuelo. Está dispuesto a vivir desguarnecido, rico en su pobreza y fuerte en su abandono, disfrutando de la amistad con Dios recién descubierta.

Pide limosna mientras pasan los días. A menudo busca personas que quieran hablar de cosas espirituales. Gente como Isabel y Juan Rosel, que una mañana le llevan a comer a su casa, dando comienzo a una amistad que durará décadas. El deseo de conversar sobre Dios y la vida de las personas va a ser, en adelante, una inquietud constante en la vida de Íñigo. Le ocurre como a tantos hombres y mujeres cuando algo verdaderamente bueno les llena de júbilo. Quiere compartirlo, comunicarlo, desea que otros puedan participar de esa misma dicha. No siempre habrá interlocutores interesados, ni gente que pueda entender de qué está hablando. De hecho, en estas semanas le defrauda el no encontrar apenas gente con quien conversar así. Pronto le identifican en los alrededores como un hombre piadoso y recibe bastantes donativos. Toma lo poco que necesita y reparte el resto con otros que, como él, mendigan para vivir.

Frecuentemente se acerca al puerto para informarse sobre el destino de los barcos que van a zarpar y negociar su posible acomodo —gratuito— en alguno de ellos. El puerto de Barcelona es un lugar de incesante actividad. Aunque tiene que hacer frente a la competencia de Valencia y Génova, y ha quedado excluido del comercio indiano, sigue siendo un lugar privilegiado para el comercio en esta zona del Mediterráneo. Es la puerta por la que salen de la península cargamentos de coral, papel,

cordelería, vidrio, loza, armas, miel, aceites o azafrán con destino a Francia o a Italia, y a la vez puerto de entrada para enormes cargamentos de trigo de Sicilia. ¿Cómo conseguir pasaje gratis en uno de esos barcos? No es Íñigo un marinero que pueda ofrecer sus servicios, y posiblemente su aspecto no es el de un hombre saludable que pueda ser de mucha ayuda en una nave. Complica más el asunto el hecho de que no todos los barcos son seguros. De hecho Isabel Rosel consigue que Íñigo renuncie a montarse en el primer bergantín que ya le ha admitido, alegando que es un barcucho inestable. Y sorprendentemente para alguien que no hace mucho caso de los consejos de esa índole, Íñigo cede. Aunque Isabel le dará algún problema bastante serio en el futuro, habrá que tolerárselo, pues el bergantín que Íñigo abandona a instancias suyas se hunde, con todos sus pasajeros, nada más salir de puerto.

Posiblemente en las negociaciones con el capitán que finalmente le acoge, Íñigo deja caer, con cuidada intención, su peregrinaje a Tierra Santa. Es muy reservado para lo suyo, pero también es muy resuelto cuando se trata de conseguir algo. Generalmente evita hablar de su destino. Y si alguien le pregunta se limita a informar de que quiere ir a Roma, como hace cuando una mujer indiscreta le interroga al verle pidiendo limosna. Ese silencio sobre sus intenciones es revelador. No es por un afán de ser misterioso y circunspecto. Quiere evitar —de nuevo— la vanagloria. Es consciente de que su viaje proyectado a Jerusalén tiene mucho de emocionante, de aventurero, de valiente y de grande. No cualquiera lo haría. Hay que tener un espíritu audaz y estar dispuesto

a arrostrar grandes dificultades y peligros. Si a esto se le añade que, aunque sea pobre, se ve que es un hombre educado, si cuenta que va a la tierra de Jesús inmediatamente despertará en sus interlocutores admiración, rumores de santidad y demás. Y eso al tiempo le atrae y le incomoda, le tienta y por eso mismo le repugna, pues la vanidad es uno de los fantasmas que le rondan y contra los que quiere luchar. Así que lo silencia, decidido como está a vivir humildemente. No es una manía ni una minucia, sino una forma de ser honesto consigo mismo y con Dios.

Sin embargo, práctico como es, es posible que al capitán del barco le haya dejado entrever su destino. Así el marinero puede razonar y decirse que, después de todo, si este es un hombre de Dios no viene mal tenerlo de su parte —por aquello de contar con la protección divina en una travesía marítima—. Sea por las razones que sea, finalmente le acepta en la nave, con la condición de que lleve con él lo suficiente para su sustento, pues una cosa es darle sitio, y otra bien distinta tener que alimentarle.

Parece razonable. Pero para Íñigo no es tan sencillo. Su deseo de vivir a la intemperie incluye también no llevar nada para comer. «Dios proveerá», parece ser en este momento su máxima. Así que está ante un dilema. Si mantiene su absoluta indigencia, no sube a bordo. Pero si embarca con provisiones, se siente un traidor a su deseo de perfección en el seguimiento del Jesús pobre y a su búsqueda de la gloria de Dios. ¿Qué hacer? Lo que siempre hace Íñigo cuando no ve la salida a un problema: preguntar a su confesor, consciente de que a

veces uno es ciego a lo que otro puede ver con claridad. Dicho y hecho, acude a buscar ayuda. Y el confesor resulta, como de costumbre para Íñigo, clarificador (y sensato). «Hijo, lleva algo para comer, que con eso no estás traicionando ni la perfección ni la gloria de Dios». Solucionado el dilema. Aunque no tanto. Íñigo pide limosna, y recibe abundantes provisiones y dineros. Sigue intranquilo con tanta seguridad. Así que finalmente se embarca, pero deja todo el dinero que ha recibido en un banco en la arena y lleva consigo únicamente algunos comestibles. Podría sonarnos como una anécdota. En una interpretación ligera uno podría hasta pensar: «¡Qué puntilloso es este Íñigo!». Y aunque es verdad que Íñigo tiende a lo extremo, a un punto de exageración y a buscar el límite, este episodio, pequeño pero ilustrativo, nos habla fundamentalmente de radicalidad, de coherencia y del deseo intenso de ser fiel a aquello que intuye que Dios le pide.

Ha pasado en total algo más de veinte días desde que llegara a Barcelona. Cuando el barco se hace a la mar y se aleja del puerto el peregrino, sintiendo el viento contra su rostro, es dichoso. Ni una vez vuelve los ojos hacia la tierra que deja atrás. Está dispuesto a no regresar jamás. Dice adiós para siempre a este mundo de hidalgos y nobles, de guerreros y damas, de ascensos y caídas. Adiós a su familia, que tal vez, en la casa torre, se pregunta qué ha sido de él. Adiós a la alta dama que un día ocupó sus sueños de enfermo. A Montserrat, donde una espada queda colgada de una verja como mudo recuerdo del que un día pasó por allí, y un viejo monje benedictino se pregunta qué caminos

recorren hoy sus pies nómadas. Adiós a Manresa, aún fresca en su memoria, escenario de una noche sombría y un despertar radiante.

Su mirada está clavada en el horizonte. Sus ojos escudriñan a lo lejos, se pierden en el mar infinito, dibujan tierras que aún no se ven y le transportan a esa Jerusalén soñada, la tierra de Jesús, que, ahora sí, está un poquito más cerca.

En camino

La travesía marítima es rápida. En el barco viaja la fauna habitual y diversa de este tipo de expediciones: otros peregrinos que, como él, emprenden camino hacia Roma o hacia Jerusalén, clérigos que viajan con diversas encomiendas a la Ciudad Eterna, algún dominico y algún franciscano —que siempre hay frailes en los barcos—, caballeros de las órdenes militares, moviéndose constantemente por el Mediterráneo, señores con sus criados, algún hidalgo en busca de fortuna, y comerciantes que incansablemente tejen sus redes por toda Europa.

Hay mar bravo durante la travesía. Pero el viento les es favorable, con lo que llegan a Gaeta en cinco días. Durante este tiempo Íñigo tiene más que suficiente con sus exiguas provisiones y lo que le dan algunos pasajeros para alimentarse. Está impaciente por llegar a tierra. En el barco no hay mucho que hacer. Las conversaciones de cubierta suelen ser intrascendentes, de modo que se mantiene distante. Observa a sus compañeros de nave-

gación. Le llama la atención la extraña belleza de un muchacho de ojos huidizos. Al final cae en la cuenta de que es una chica a quien su madre disfraza, pues viajan solas y quiere evitar exponerla demasiado. De vez en cuando conversa con un joven que se dirige a Roma, y que le recuerda a sí mismo años atrás. Pasa muchos ratos recogido, en oración. Cuando por primera vez divisa los acantilados del golfo de Gaeta se siente feliz e impaciente.

Apenas espera a que terminen de tender la pasarela para bajar a tierra, y ya en el puerto pregunta por el camino a Roma, prácticamente entendiéndose por señas con los vecinos de Gaeta. Con su deje cantarín, al oír el nombre de la Ciudad Eterna los gaetanos gritan, gesticulan, se llevan las manos a la cabeza, hablan entre sí... Entre invocaciones a la «Santa Madonna», y otras jaculatorias que no descifra, cree entender Íñigo que en algún sitio hay peste: «¡¡¡é la peste nera, signore!!!». También comprende el significado de «non» y de «posibile», pero la filosofía de este peregrino tiene mucho más de «querer es poder» que de «ten cuidado». Es testarudo y no está dispuesto a esperar, así que insiste. «A Roma, a Roma» hasta que sus interlocutores se dan por vencidos y le señalan el camino entre exageradas muecas de lamento. En realidad esta escena se repite a menudo en Gaeta, y es ya casi un divertimento para los habitantes estudiar a los viajeros, haciendo apuestas acerca de quién se echará atrás y quién seguirá camino.

Entre los que deciden continuar están la madre y la hija, así como el joven con quien Íñigo entablara conversación en el barco. Saben que el viaje va a ser

más incómodo, pues en tiempos de peste las ciudades están cerradas, como medida sanitaria preventiva muy restrictiva. Yendo a pie no es posible avanzar demasiado rápido, y no será fácil encontrar alojamiento. Sienten que tal vez viajando juntos vayan un poco más protegidos y finalmente emprenden el viaje los cuatro.

Sin embargo poco les va a durar la seguridad. La primera noche hallan acomodo en un caserío en el que también hay algunos soldados dispuestos a pernoctar. Las tropas de Carlos V pululan por la península italiana, y es fácil encontrar grupúsculos dispersos en uno y otro lugar, como esta mesnada que se calienta con vino y fuego mientras cena entre chistes soeces y grandes risotadas. Los soldados son acogedores, y rápidamente hacen un sitio a los recién llegados en torno a la hoguera. Les dan comida y sobre todo abundantes tragos de vino. Íñigo advierte, incómodo, las miradas ambiguas que varios de ellos lanzan a la joven que a nadie parece engañar con su disfraz de muchacho. A la hora de dormir madre e hija son alojadas en una estancia del caserío, mientras Íñigo y el joven se tienen que conformar con un rincón del establo.

Pasada la medianoche Íñigo escucha gritos que provienen de fuera. Sale del establo y encuentra a las dos mujeres, llorosas y desarregladas envolviéndose en sus ropas, y tras ellas varios soldados ebrios. La madre grita que intentan forzarlas. La cría llora nerviosa. Los hombres ríen y se acercan, amenazantes. Íñigo siente entonces una cólera que le devuelve a sus tiempos mozos. Agarra el bastón como si fuese un arma y encara a los matones insultándolos por su cobardía y lo

intolerable de su abuso. Mientras tanto, el otro joven, inseguro acerca del resultado del choque y poco proclive al heroísmo por personas a quienes apenas conoce, se escabulle, dejando a Íñigo y las mujeres a su suerte. Algo debe quedar en este peregrino del porte de soldado que enfría la exaltación de los mozos. Estos parecen convertir en broma el episodio y se alejan fanfarroneando.

Sin embargo no hay que tentar al destino. Los tres peregrinos recogen sus pertenencias y deciden seguir camino esa misma noche. Al fin Íñigo ha tenido su minuto de gloria heroica, su episodio digno de Amadís, su hazaña en servicio de una dama. Ni la dama es de alta alcurnia, ni la gesta se cantará por generaciones, ni el propio Íñigo se siente ya caballero, sino sólo un poco asqueado y enfadado por la situación. Pero cuando se atempera su genio, a medida que los cubre el manto negro de la noche, no puede evitar sonreír para sí mismo y mover la cabeza de un lado a otro al pensar en la extraña forma en que sus sueños caballerescos se han cumplido cuando ya no los soñaba.

El episodio tiene sus secuelas. Caminan rápido para alejarse del caserío. La primera ciudad que encuentran está cerrada a cal y canto y terminan pasando el resto de la noche en las ruinas de una iglesia, bajo la lluvia que se cuela por los agujeros del techo desvencijado. Al día siguiente Íñigo está exhausto —pues lleva días comiendo lo justo—, y su pierna se resiente de la veloz marcha nocturna. La ciudad —Fondi— continúa sellada para ellos. Insiste a sus compañeras para que prosigan su viaje. Aunque dudan, conscientes de estar en deuda con él, también desean seguir su camino sin que las

retrase un compañero enfermo. Por su parte, lo último que quiere Íñigo es que se queden a cuidarle. Así que con el argumento de que les conviene alejarse de la zona las convence fácilmente. Las ve partir hacia Roma, mientras él queda sentado en un margen del sendero, tratando de recobrar las fuerzas.

A lo lejos se abren las puertas de la ciudad y sale un numeroso grupo de gente, un séquito que parece acompañar a alguien poderoso. Cuando llegan cerca de él, Íñigo, acostumbrado a los protocolos cortesanos, no tiene problema para localizar a la figura que, sin duda, tiene más autoridad en este grupo. Se trata de Beatriz de Colonna, la señora de Fondi. Íñigo no lo sabe, ni tampoco es que le importe mucho el universo de Colonnas y Gonzagas, Urbinos y Médicis, Borgias, Farneses y Carafas que se disputan el prestigio y el poder en los reinos de Italia. A él, que ha alternado con los grandes de España, no le intimida el boato. Sin ningún recato se adelanta y se planta en el camino delante de la litera que lleva a la dama. Habla con una tranquilidad y educación que poco tienen que ver con el temor avergonzado con el que normalmente tratan los desheredados a los señores. Explica que no tiene la peste, y que su aspecto demacrado obedece nada más que a la fatiga y al hambre. Solicita que se le permita entrar en la ciudad a pedir limosna en ella. La condesa, sorprendida e intrigada por la calma de este pordiosero cultivado que le habla en un castellano más propio de señor que de soldado, accede a la petición, pese a la severidad de los controles sanitarios en tiempos de peste.

Íñigo entra en Fondi y allí consigue pronto reponer

las fuerzas. El comienzo de su marcha ha sido, sin duda, trepidante y complicado. Pero, visto cómo se ha desenvuelto, parece claro que el peregrino sabrá arreglárselas bastante bien. Continúa su camino en solitario, como había sido su intención primera.

Roma

Llega a Roma el 29 de marzo de 1523. Domingo de Ramos. Su estancia durará alrededor de dos semanas. En este tiempo sólo hay una cosa que le interesa: conseguir del papa Adriano VI el permiso para viajar a Jerusalén. Dicho pase se expedía normalmente en la Penitenciaría, una de las oficinas de este Estado Pontificio complejo, que conjuga en un extraño juego lo temporal con lo espiritual, el mecenazgo de los artistas con el cuidado de las almas, el anuncio del evangelio y las luchas sordas por el poder en la enrevesada política europea. En dos días consigue el permiso pontificio para peregrinar, recibiendo la bendición papal con otros peregrinos el 31 de marzo.

Tal vez le llama la atención la sobriedad de la corte papal. Después de todo, desde su infancia viene oyendo hablar de la escandalosa vida de pontífices recientes como Alejandro VI —el papa Borgia— o Julio II, un verdadero monarca volcado en los asuntos temporales. Este Adriano VI que ahora le bendice, antes Adriano de Utrecht, es un papa atípico en el Renacimiento. No ambicionó el solio pontificio, que fue más bien fruto de las intrigas de su protegido Carlos V. Durante su breve

pontificado, que sólo durará desde enero de 1522 hasta septiembre de 1523, intenta imponer austeridad y rigor en la corte romana. Preocupado por la fuerza que va tomando el movimiento que secunda a Lutero en Alemania cree necesario tomar medidas. Pero sus propuestas son un puro retoque de la fachada, cuando es el edificio entero el que necesita una reforma urgente. Y no es precisamente la compostura exterior la solución. El emergente humanismo del Renacimiento no quiere ahora austeridades ni rigores como los que proponen Adriano (y Lutero), sino dispendio y alegría de vivir, mecenazgo y grandeza, colorido y fiesta. Esta Roma pequeña —de apenas 50.000 habitantes— y recién castigada por la peste, quiere crecer, quiere vibrar, quiere hacerle sombra a Florencia, y no convertirse en un enorme claustro de silencios y oraciones. La reforma católica será barroca, no románica. El pobre Adriano morirá pronto sumido en una triste melancolía ante su incapacidad para acometer la reforma en profundidad de la Iglesia. Nada sabe Íñigo, al recibir la bendición, de toda esa marejada eclesial, ni mucho menos del papel destacado que le va a tocar representar en el tablero de las reformas y contrarreformas cuando, finalmente, sus pasos de peregrino le traigan de nuevo a la Ciudad Eterna.

Una vez logrado su salvoconducto pasa en la ciudad toda la Semana Santa y la semana de Pascua. Asiste a las celebraciones religiosas, especialmente solemnes en estos días. Visita las grandes basílicas, Santa María, San Juan de Letrán o San Pablo Extramuros, que hacen de Roma algo digno de verse, aunque está todavía lejos de la magnificencia que adquirirá en los siglos venideros.

Habla con otros españoles que, como él, se hospedan en el hospicio de Santiago, cercano a la plaza Navonna. Este hospital acoge a los peregrinos navarros y españoles. La mayoría han terminado aquí su peregrinación. Algunos, como él, planean llegar hasta Jerusalén. Pero no hay ninguno que conciba un viaje tan expuesto como el de Íñigo. La mayoría de los peregrinos consideran, no sin razón, que ya bastante arriesgado es atravesar miles de kilómetros. Están amenazados por tormentas, por los turcos encabezados por Solimán, cuyo solo nombre les hace santiguarse; por epidemias, por una violencia brutal que vuelve esta época insegura e incierta... No hace falta añadir a esto la pobreza.

En realidad la mayoría de los peregrinos son gente que puede permitirse viajar con ciertos recursos, comprar comida abundante para las largas travesías, y a veces llevan con ellos un ajuar considerable que incluye mantas, colchones o armas. No es de extrañar que cuando oyen de labios de Íñigo su intención de viajar sin dinero y a pie pongan el grito en el cielo. «Pero, ¿adónde vas, insensato? Estás tentando a Dios». Por supuesto Íñigo oye las advertencias como quien oye llover. ¿Cómo explicarles que precisamente es Dios la riqueza que tiene, y no necesita otra? Le tomarán por pretencioso o por loco. Así que calla. Pero al final tanta advertencia termina haciendo mella cuando algunos le dicen que se olvide de embarcar si no puede pagar su pasaje. Una cosa es un barco comercial que te puede hacer sitio para cruzar de Barcelona a Gaeta, y otra muy distinta el largo viaje en la nave de peregrinos, que se financia en buena medida por lo que aportan los

propios viajeros. ¿No es razonable? Algo así debe pensar Íñigo, que, ante la duda, pensando que tal vez sea un necio si arruina su propósito por esta obstinación, pide limosna para pagarse el pasaje cuando llegue a Venecia. Al fin reúne una buena suma, sabiendo que es mucho lo que se necesita para el barco.

Sin embargo en cuanto salga de Roma y se vea en camino, lejos de estos profetas de calamidades que le han pronosticado tantos males, vuelve a sentir que el dinero es para él una cadena y una trampa. Decide irlo repartiendo entre aquellos necesitados que vaya viendo en su trayecto hacia Venecia. Y así lo hará, hasta quedarse de nuevo sin nada. Íñigo se ha hecho pobre y es muy difícil que algo le haga sentir de otro modo.

¿Es demasiado radical? ¿Es un extremista imprudente, un temerario, como le vienen diciendo algunas de las personas con quienes se encuentra? En realidad Íñigo sí es un radical. Pero que el lenguaje no nos engañe. Porque a veces identificamos radical con extremista, como el que va por libre, con posiciones límite, gustos minoritarios y alternativos, a veces con algo de transgresor y estridente. ¿Y puede ser que, cada vez que hablamos de la radicalidad de Íñigo, nos quede la sombra de ese tipo de exaltación, que está muy lejos de la propia vida y que nos suele dejar más inquietos que ilusionados?

Hay una trampa en esa apreciación. Porque la radicalidad religiosa, al menos bien entendida, no es eso. No es un fundamentalismo doctrinario ni un excesivismo en las acciones. No es un seguimiento «a la tre-

menda» en el que sólo decide un corazón entusiasmado y no intervienen otras consideraciones. Habrá veces, por supuesto, en que las acciones y los compromisos te lleven lejos, y te exijan mucho. Y veces en que convenga llegar a situaciones extremas. Pero no es ese el rasgo que define lo radical.

Radicalismo, antes que nada, hace referencia a las raíces. Supone, sobre todo, que aquello por lo que apuestas forme parte de lo más profundo, lo más definitivo, lo más esencial. No es un entretenimiento o algo anecdótico, ni algo pasajero o caprichoso. Es tan fundamental que no comprendes tu vida sin ello. Lo radical, en la vida de cada uno, es aquello que te nutre y te sustenta, que se convierte en el motor y la fuente de energía. Ese espacio donde creces fuerte, porque sabes que ahí estás seguro: tu familia, tu tierra, tus amigos, tu Dios... Ahí está el reto y la oportunidad. Dejarse enraizar en Dios. Dejar que la propia vida arraigue en la tierra fecunda del evangelio. Que sea su lógica la que te guíe, su hondura la que te atrape, su alegría la que te haga sonreír, su claridad la que te abra los ojos para mirar al mundo con misericordia.

Ahí estriba el poder afirmar que el seguimiento de Jesús es radical. Como el de Íñigo. Su vivencia es radical no porque se concrete en prácticas muy exigentes, sino sobre todo porque, a partir de la experiencia vivida en Manresa, el Dios que ha descubierto se ha convertido en la tierra donde planta sus raíces. Es lo que se va a convertir en el manantial último de su caminar, de sus búsquedas y proyectos. Y eso le llevará a concreciones siempre serias pero bien distintas a lo largo de su vida,

dependiendo de lo que siente e intuye que debe hacer en cada momento.

Y así, desposeído pero rico, sigue su camino, dejando atrás la ciudad del Tíber, sus intrigas y sus diplomacias; sus boatos y sus miserias. Él continúa avanzando, libre, inquieto, con su esperanza intacta, sin posesiones ni esclavitudes, sin ataduras ni otro equipaje que su increíble pasión por Dios.

Venecia

El recorrido hasta la ciudad de los canales no es fácil. Toda Italia está herida por la peste reciente. Hay quien confunde a Íñigo, por su aspecto macilento, con un enfermo, y a menudo tiene que dormir en pórticos de iglesias o al aire libre. Se levanta temprano con las primeras luces, cuando aún la neblina envuelve los caminos, y echa a andar. Apura las jornadas, anhelando llegar cuanto antes a Venecia, que es ya la última parada de este largo viaje. Pero la imposibilidad de entrar en bastantes ciudades y la dificultad para conseguir limosna con la que sustentarse ralentizan su camino.

Al ir avanzando hacia el norte se le juntan otros caminantes. Cuando ya se asoman a la laguna veneciana les avisan de que con los controles sanitarios la entrada en la ciudad es muy restringida. Deciden desviarse hacia Padua para solicitar en esta ciudad una cédula sanitaria. Sus compañeros le dejan atrás, pues su fatiga y su salud quebrada le impiden avanzar a buen ritmo, y ellos están ansiosos por alcanzar su destino. Pero en esa situación

se sentirá especialmente consolado por Cristo, como le ocurre a menudo cuando podría estar más hundido y, sin embargo, desborda esperanza. Ese mundo interior suyo que le abre a lo más alto cuando más bajo está le da nuevas energías. Cuando llega a Padua consigue entrar en la ciudad sin problema alguno con quienes vigilan sus puertas, lo que no pueden decir sus compañeros que habían llegado antes que él y que encuentran bastantes resistencias. Algo semejante le ocurrirá cuando al fin la barca que le lleva a Venecia toque tierra. Será el único que no tenga complicaciones con los guardias para poder adentrarse en esta ciudad de islotes, puentes y canales, que en ese mes de mayo bulle de actividad. Parece que la Providencia le hace un guiño al final de su agotador recorrido por tierras itálicas.

Cuatro semanas le ha llevado recorrer los más de seiscientos kilómetros que separan Roma y Venecia. Y una vez en la ciudad de las lagunas le toca empezar a gestionar su partida hacia Jerusalén. No es nada fácil. Ahora que es reciente la toma de Rodas por Solimán la salida de la nave de peregrinos es incierta, pese a que la República tiene la autorización de los turcos para organizar una vez al año esta peregrinación. Muchos de los peregrinos que llegan hasta aquí desisten ante la inseguridad del trayecto y el temor a los corsarios. A eso hay que añadir el que, si llega el caso de que salga el barco, Íñigo no tiene dinero para pagar el pasaje. Sin embargo en ningún momento duda. Su voluntad es inquebrantable, y está seguro de que, si sale el barco, él estará a bordo.

Por el momento vive de limosna y duerme en la

plaza de San Marcos, cerca del palacio ducal y de la colosal basílica del apóstol. El tiempo, a medida que se acerca el verano, es benévolo. Íñigo no quiere presentarse al embajador de Carlos V para solicitar ayuda en sus gestiones, pues sabe que inmediatamente querrán saber quién es, y no está dispuesto a utilizar su nombre para conseguir plaza en la nave. Así que espera. Un día, pidiendo limosna, un hombre le invita a comer a su casa. Se trata de un rico comerciante español que ha reconocido en este peregrino a un compatriota. Como suele hacer Íñigo cuando es acogido por familias, escucha mucho y come con moderación, y a los postres aprovecha lo que ha oído para iniciar conversación acerca de las cosas de Dios. Esto, unido a su particular talento para tocar fibras sensibles y despertar voces dormidas en sus interlocutores, le suele granjear la confianza y el aprecio de sus anfitriones. En este caso ocurre lo mismo. El mercader le hospeda en su casa y se convierte en su protector en la ciudad. Y es a través de este contacto cómo Íñigo consigue audiencia con el dux Andrea Gritti. Este, al escuchar la narración del peregrino e intuir la hondura de sus motivos ordena que se le busque acomodo en la nave de los gobernadores que van a Chipre.

Dos naves están preparándose para partir. *La Peregrina* es la que lleva a la mayoría de los viajeros hasta Tierra Santa. También está aparejada *la Negrona*, un gran navío mercante, que llevará otros nueve peregrinos al menos hasta Famagusta, destino del nuevo gobernador chipriota. Es una nave espléndida, y es en ella donde el dux ordena que se dé acomodo a Íñigo,

eximiéndole de pagar la elevada suma de 26 ducados que es obligada. De nuevo parece que el curso de los acontecimientos le da la razón.

Una inoportuna enfermedad le tumba cuando todo parece arreglado. En la casa en que le hospedan están preocupados porque pasan los días y la fiebre no cede. La víspera de la partida Íñigo toma una purga. Cuando un médico llamado por sus anfitriones ve su estado le recomienda no embarcar, pues lo más posible en estas circunstancias es que no soporte el largo viaje. Por supuesto, Íñigo no hace caso. Si ha llegado hasta aquí, ¿va a quedarse ahora a las puertas? No embarcar ahora significaría no hacerlo al menos en un año. ¿No es Dios el que ha puesto en su corazón este proyecto? Con lo que ha pasado hasta ahora no le va a detener la salud. Otras veces ha salido adelante.

Últimos pasos

Zarpan el 14 de julio. El barco abandona la laguna veneciana. Algunos pasajeros se santiguan y rezan para que los turcos no tomen el barco. Otros contemplan extasiados los perfiles de la ciudad, con el campanile y la cúpula de la basílica asomando a lo lejos. Aún no ha llegado la época de máximo esplendor de la ciudad, cuando suntuosos palacios abarrotan los márgenes del gran canal pujando por mostrar el poderío de nobles familias de comerciantes de nombres sonoros: Pissani, Belloni, Foscarini o Barbarigo. Aun así, la ciudad que se aleja ya es un espectáculo digno de verse en esta

hora temprana de la mañana, cuando el sol naciente comienza a blanquear los tejados y los brillos convierten la laguna en un baile de espejos movedizos. Nada de todo esto ve Íñigo, que sigue postrado sin recuperarse.

Este cielo azul y el sol brillante que embellece la ciudad anuncian, sin embargo, una dificultad. La calma es total. No hay viento. Cuando el navío sale al mar apenas avanza. No obstante el ligero bamboleo es suficiente para marear a Íñigo, que vomita todo lo que tiene en el organismo. Esa resulta ser la mejor medicina, pues se repone inmediatamente.

Ahora toca esperar. El barco avanza poco. Si cinco días se le habían hecho largos entre Barcelona y Gaeta, ¿cómo enfrentar la impaciencia cuando pasan las semanas, y el destino anhelado parece al tiempo tan cerca y tan lejos? No hay mucho que hacer. Íñigo se da cuenta de que en el barco se hacen «algunas suciedades y torpezas manifiestas» (Aut., 43) y comienza a amonestar a los que se comportan indecorosamente. ¿Serían marineros que, lejos de tierra, sustituían el calor de las mujeres por el que se podían dar unos a otros? ¿Habría en el barco doncellas del séquito del gobernador que tuviesen demasiada proximidad con los marineros? No sabemos lo que era, pero podemos intuir algún tipo de promiscuidad acentuada por la inactividad. Íñigo habla y amonesta. Pero tiene que medir hasta dónde llegar, que entonces, como siempre, ciertas intromisiones despiertan malos instintos. Ya podemos imaginarnos algún comentario: «¡Maldito entrometido! Viaja gratis, recomendado por el dux, vive de la comida ajena y encima se permite criticar». Alguno de los viajeros le

advierde que tiene a los marineros muy hartos y que están hablando de dejarlo tirado en una isla. Íñigo, que tampoco es tonto, ha dicho ya lo que tiene que decir, así que opta por una oposición más discreta y la sangre no llega al río. Finalmente llegan a Famagusta el 13 de agosto por la noche, tras un mes de navegación.

Allí abandonan el barco y caminan, atravesando toda la isla de Chipre, para alcanzar el puerto de Salinas en el otro extremo. Allí está esperándoles *La Peregrina*. El 19 de agosto zarpan. Última salida. Íñigo piensa que ya no hay más barcos en su horizonte. Sólo llegar. Alcanzar Jerusalén. Vivir allí el resto de su vida. Su entusiasmo no se ha enfriado, sino que se ha ido acrecentando a medida que transcurrían estos meses de camino. En las noches frías, en las largas jornadas de marcha con los pies destrozados, cuando el hambre le mordía o la lluvia le calaba hasta los huesos. Siempre ha sentido el calor interno de disponerse a seguir a Jesús de una forma tan nítida. Ahora se siente cerca de alcanzar, al fin, su meta. Y esta última semana de navegación es un tiempo de profundo consuelo en el que siente a Jesús muy presente, como si estuviese tendiéndole una mano desde esa Tierra Santa, dándole ya la bienvenida a casa.

El 25 de agosto entran en el puerto de Jaffa, pero aún tardan unos días en bajar del barco. El 31 de agosto descienden de la nave. Quedan cincuenta kilómetros. Como es costumbre con los peregrinos occidentales, los recorrerán en asnos, escoltados por soldados turcos. Dicha escolta no es un adorno ni una procesión. La violencia y el desprecio hacia los occidentales pueden provocar cualquier incidente si estos viajan solos. Han

de moverse custodiados al menos hasta que encuentren a los franciscanos que saldrán a recibirles en las proximidades de Jerusalén. Tienen que aguantar miradas hostiles e insultos al pasar por los pueblos de esta tierra dura que recorren. Nada de esto afecta a Íñigo, cuyo corazón late con fuerza al irse aproximando a la tierra de Jesús.

Íñigo agradece enormemente la intervención de Diego Manes, uno de los peregrinos que, cuando están a unos kilómetros de alcanzar su destino, propone que entren en la ciudad en silencio, recogidos, en oración. Es justo eso lo que quiere Íñigo, que al divisar a los franciscanos, esperándoles con una cruz en alto, se siente como Moisés pisando terreno sagrado.

Jerusalén

Al fin está aquí. Íñigo exulta. Cada aroma, cada ruido, cada imagen le hace pensar en Jesús que, en otro tiempo, aspiró los mismos effluvios, escuchó idénticos rumores, vio esta misma tierra de olivos y arena, se bañó en sus aguas y recorrió sus veredas.

La visita de los peregrinos, ayer como hoy, está estrictamente programada. Hay que tener cuidado con no ofender a los musulmanes. Hay que evitar los peligros. No se debe andar sin protección o solo por estas tierras, pues si te pierdes o te secuestran eso supondrá un enorme problema para los franciscanos. Prácticamente cada salida del hospicio donde se alojan está pactada de antemano con las autoridades turcas.

¿No se puede andar solo? ¿Si es precisamente lo que quiere Íñigo! No se desanima. Tiene toda la vida por delante para ir encontrando su ritmo y su acomodo. Todo saldrá adelante. Con el grupo visita por primera vez los lugares santos. Le sobrecoge el recorrido por el Cenáculo, el Santo Sepulcro... Se estremece en el huerto de los olivos, pensando en las lágrimas tristes derramadas por Jesús en su noche de angustia. Poco le importa si estos lugares están excesivamente recargados, enterrados algunos de ellos entre las paredes de enormes basílicas. Íñigo mira con otros ojos, que prescinden de todo lo añadido para rescatar únicamente lo que le remite a Jesús. Se emociona cuando van a Belén, imaginándose con todo detalle la escena del nacimiento. El Jordán, con sus ruidos, le habla de un profeta y un Mesías, de un bautismo sagrado... Así transcurren los días, recorriendo lugares donde Íñigo se sume en quieta contemplación de ese Jesús que, aquí, le resulta tan inmediato.

Cuando se acerca el final de la estancia del grupo, Íñigo plantea al Guardián del Sepulcro su intención de permanecer aquí. Sabiendo que la información conviene racionalarla, y previendo las resistencias, calla su deseo de ayudar a las almas. Por el momento se limita a expresar su voluntad de vivir para siempre siguiendo los pasos del Señor.

El Guardián no parece nada convencido. En este momento bastantes problemas tiene con sostener a los frailes que ya habitan aquí. Las estrecheces económicas les están ahogando y probablemente tenga que enviar a algunos de sus monjes de vuelta a Italia. No tienen

forma de acoger a otro habitante en este reducido mundo cristiano de Jerusalén. Íñigo insiste. No quiere que le sostengan. Él se buscará sustento. Le basta con poder venir a confesarse regularmente. El Guardián duda y declina responder. Habrá que consultarlo con el provincial de los franciscanos, que en ese momento está en Belén y no puede pronunciarse.

Íñigo, habiendo advertido que el Guardián vacila, da por hecho el permiso y ya se ve desarrollando una actividad intensa por los valles cercanos. Ya se imagina predicando el nombre de Jesús a quienes aún lo ignoran. Incluso piensa en la posibilidad de un martirio que lejos de desanimarle le incita más a vivir así. Y ahora, cuando por fin se ve estable, mira hacia atrás y piensa en todos aquellos con quienes ha compartido algún momento de esta larga marcha desde que abandonara su casa hace ya año y medio: Martín y Magdalena, Chanón, Inés y Juan Pascual, Isabel Rosel, tantos otros peregrinos, compañeros de palabras y pasos... Por primera vez ve llegado el momento de tender puentes hacia ellos, que tan lejanos están. Por eso decide escribirles. La víspera de la partida de los restantes peregrinos, con papel y tinta que le deja uno de ellos, comienza a escribir largas cartas para sus amigos de Barcelona. Espera que el barco las pueda llevar de vuelta. Apenas está en la segunda de sus misivas cuando le avisan de que el provincial de los franciscanos está de vuelta y quiere verle. Íñigo se apresura y corre del hospital al convento próximo. En una sala le recibe el provincial franciscano, que con mucha suavidad, pero inflexible, le anuncia que, lamentándolo mucho, no se puede quedar. Íñigo argumenta, insiste,

resiste, protesta y se explica... pero se encuentra con un muro infranqueable. Ya son demasiados los que llegan con esos sueños o similares y terminan siendo únicamente un problema, secuestrados o asesinados. Íñigo debe marcharse. El peregrino replica que no puede hacerlo, que es la voluntad de Dios la que le ha traído aquí. «Tengo autoridad para hacerte excomulgar, hijo, y si te quedas lo haré».

Con esas palabras la discusión termina. Íñigo, tanto como testarudo, es limpio y sistemático en su manera de actuar. Para él la autoridad eclesial es la expresión más clara de la voluntad de Dios. ¿No ha acudido en momentos de zozobra a confesores que le han dado luz? ¿No estará Dios hablándole a través de este provincial? Esa orden, proveniente de alguien con autoridad eclesiástica, es para él mucho más definitiva que interminables razonamientos. Se compromete a abandonar Jerusalén al día siguiente, con los restantes peregrinos.

Al salir del convento vuelve a la estancia, alicaído, y comienza a recoger sus papeles. Piensa en los lugares que ha visitado. Cuando, días atrás, los recorría, pensaba que era sólo un primer contacto. Ahora desearía haber fijado su atención en cada matiz, cada piedra, cada color. Lo más cercano a la hospedería es el monte de los Olivos. En él está la piedra desde la que, les han dicho, Jesús ascendió al cielo... Se da cuenta con pesar de que ni siquiera consigue recordar cómo era. Y entonces, llevado por un impulso, hace algo insensato. Sale del hospicio y a toda prisa se encamina al monte. Quiere apurar los últimos momentos. Quiere aferrarse a estas imágenes, hasta que queden clavadas en su retina.

Que cada vez que, lejos de esta tierra, rece intentando imaginarse las escenas pueda reproducir con minuciosidad hasta el último detalle. Por primera vez, ahora sí, camina solo por Jerusalén, indiferente al peligro de andar sin guía. Tiene que sobornar a los guardias regalándoles un cuchillo para poder acceder al monte. Sube corriendo. Mira. Reza. Por un rato se encuentra de nuevo en profunda paz y consolación. Al fin emprende el camino de vuelta. Al alejarse se da cuenta de que no sabe con exactitud cómo eran las marcas de los pies en la piedra, y de nuevo vuelve al monte (previo pago, esta vez, de unas tijerillas). Al final queda satisfecho.

Esto, que casi podríamos describir como un episodio fruto de su espíritu abatido, un pobre intento de asir lo que se le escapa, es también y sobre todo una pista que nos habla de la oración de Íñigo. Esa oración que, en los ejercicios, definirá como contemplación. Ese gusto por imaginar los lugares donde transcurren las escenas. Por rezar no sólo ni primero con palabras, sino con imágenes, con la vista, con los oídos. Estas jornadas en Jerusalén han sido una escuela cuyas lecciones resonarán en muchas vidas.

En el convento han enviado a varios de los criados sirios a buscar al desaparecido. Advertidos de la discusión con el provincial, los monjes temen que Íñigo quiera hacer una locura u ocultarse hasta que haya partido la expedición. Frailes y criados están igualmente irritados. Cada año ocurre lo mismo. Llegan en peregrinación tipos con intenciones imposibles que a los únicos que crean problemas es a los que viven aquí siempre. Cuando uno de los criados encuentra a Íñigo,

poco importa que el peregrino esté ya camino de vuelta. Lo agarra con fuerza sin cesar de protestar y lo trae casi a rastras hasta el monasterio. Sin embargo Íñigo se deja llevar contento. Siente, una vez más, a Jesús cerca.

Por la noche, incapaz de dormir, empieza a preguntarse: «¿Y ahora qué?».